

HUGH HOWEY

ESPEJISMO

minotauro

Segunda parte

CALIBRACIÓN

Sus agujas de punto descansaban por parejas en un bolso de cuero, palitos idénticos de madera en grupos de dos, juntos como los delicados huesos de una muñeca humana, envueltos en carne reseca y antigua. Madera y cuero. Unas reliquias transmitidas como recuerdo de generación en generación, inocuos guiños de sus antepasados, objetos inofensivos como los libros infantiles y las tallas de madera que habían logrado sobrevivir al levantamiento y la purga. Cada uno de ellos representaba una pequeña pista sobre un mundo más allá del suyo, un mundo con la superficie cubierta de edificios, como las penosas ruinas que se veían más allá de las colinas grisáceas y sin vida.

Tras mucha deliberación, la alcaldesa Jahns se decantó por un par. Siempre escogía con cuidado, porque era esencial dar con la calibración adecuada. Si la aguja era demasiado fina, la labor sería complicada y el jersey tejido resultaría apretado y asfixiante. Pero una aguja demasiado gruesa, por otro lado, sólo serviría para tejer una prenda llena de agujeros. La labor quedaría demasiado suelta. Se podría ver a través del tejido.

Una vez tomada la decisión y extraídos los huesos de madera de su muñeca de cuero, Jahns alargó la mano hacia el gran ovillo de hilo de algodón. Al ver aquella maraña de fibras entrelazadas costaba creer que sus manos pudieran crear algo ordenado a partir de ella, algo útil. Mientras buscaba el extremo del hilo reflexionó sobre el nacimiento de las cosas. De momento, el jersey no era más que una madeja de hilo y una idea. Antes había sido un montón de fibras de algodón extraídas de las granjas de cultivo, estiradas, limpiadas y trenzadas hasta formar largas hebras. E incluso antes se habría podi-

do rastrear la sustancia misma de la planta de algodón hasta las almas individuales que habían encontrado reposo en su suelo y el cuero con el que habían alimentado sus raíces mientras sobre ellas brillaban en toda su gloria las potentes lámparas de crecimiento.

Jahns movió la cabeza en un gesto de incredulidad, sorprendida por su propia morbosidad. Cuanto mayor se hacía, con más frecuencia acudían a su cabeza pensamientos sobre la muerte. Al final, la idea de la muerte siempre estaba ahí.

Con una delicadeza fruto de la práctica, pasó el hilo alrededor de la punta de la primera aguja y formó una red triangular con los dedos. Con un movimiento ágil, la punta de la aguja atravesó este triángulo para trenzar el primer nudo. Esta primera puntada era su parte favorita. Le gustaban los comienzos. La primera hilera. De la nada surgía algo. Como sus manos ya sabían lo que tenían que hacer, era libre para levantar la mirada y contemplar la bocanada de viento matutino que perseguía a las nubecillas de polvo colina abajo. Las nubes se presentaban bajas y ominosas aquel día. Se cernían como padres preocupados sobre aquellos pequeños y veloces remolinos de tierra, que a su vez se desplazaban en círculos como niños risueños, girando y trastabillando por cimas y valles hasta llegar a una barranca de gran tamaño donde se encontraban dos colinas y se convertían en una. Allí, bajo la atenta mirada de Jahns, las nubes de polvo chocaron con un par de cadáveres, y los juguetones gemelos de tierra se evaporaron transformados en fantasmas, como niños retozones que tornaran de nuevo a ser sueños y neblina dispersa.

La alcaldesa Jahns se recostó en su silla de plástico plegable y contempló el jugueteo de los caprichosos vientos sobre el mundo inhóspito del exterior. Sus manos transformaron el hilo en hileras, sin requerir de su parte más que alguna que otra mirada ocasional. Cada poco tiempo, el polvo volaba en capas hacia los sensores del silo, y cada oleada hacía que la alcaldesa se encogiera como si estuviese a punto de recibir un golpe físico. El asalto del polvo que emborronaba su visión era siempre difícil de contemplar, pero sobre todo el día posterior a una limpieza. Cada roce del polvo sobre las lentes era como una violación, como el contacto de un hombre de manos sucias sobre algo inmaculado. Jahns recordaba bien la sensación. Sesenta años más tarde, todavía se preguntaba a veces si aquella neblina polvorienta en

las lentes y el sacrificio que comportaba mantenerlas limpias no sería incluso más difícil de soportar que lo sucedido entonces.

—¿Señora?

La alcaldesa Jahns apartó los ojos de las colinas muertas que acunaban el cuerpo recién fallecido de su comisario. Al volverse, vio que el ayudante Marnes se encontraba a su lado.

—¿Sí, Marnes?

—Me había pedido esto.

Marnes colocó tres sobres grandes sobre la mesa de la cafetería y los empujó hacia ella entre las migas y las manchas de zumo de la fiesta con la que se había celebrado la limpieza la pasada noche. Jahns dejó la labor a un lado y, de mala gana, alargó las manos hacia los sobres. Lo que realmente habría querido era que la dejaran sola un rato más, para ver cómo brotaba algo de las hileras de nudos. De-seaba disfrutar de la paz y la quietud de aquel amanecer inmaculado antes de que el polvo y los años lo apagaran y antes también de que despertara el resto del silo, se frotara los ojos para quitarse el sueño de los párpados y las manchas de la conciencia y subiese a contemplar todo aquello, apelotonados a su alrededor en sillas de plástico como la suya.

Pero el deber la llamaba. La habían elegido alcaldesa y el silo necesitaba un comisario. Así que Jahns dejó a un lado sus propios deseos y sopesó los sobres depositados sobre su regazo. Mientras acariciaba la solapa del primero, se miró las manos con una mezcla de congoja y aceptación. Los dorsos parecían tan resecos y arrugados como el papel que asomaba en el interior de los sobres. Miró de soslayo al ayudante Marnes, con su bigote blanco salpicado de negro. Aún podía recordar un tiempo cuando sus colores no eran ésos, cuando aquella figura alta y esbelta era un paradigma de vigor y juventud y no de enjuta fragilidad. Seguía siendo apuesto, pero sólo porque ella lo conocía hacía mucho y porque sus viejos ojos aún recordaban.

—Sabes... —le dijo—, esta vez podríamos hacer las cosas de otra manera. Podrías hacer las cosas como es debido, o sea, dejar que te ascendiera a comisario y buscarte tú mismo un ayudante.

Marnes se echó a reír.

—Llevo siendo ayudante casi tanto como usted alcaldesa, señora. Lo único a lo que aspiro es a morir algún día.

Jahns asintió. Una de las cosas que le gustaba de tener a Marnes cerca era que, a veces, la negrura de sus pensamientos hacía que los suyos parecieran sólo de un gris brillante.

—Me temo que ese día se aproxima a toda velocidad para ambos —dijo.

—Totalmente cierto, lo reconozco. Nunca creí que sobreviviría a tanta gente. Pero tan seguro como que existe el pecado que no me veo sobreviviéndola a usted.

Marnes se atusó el bigote y recorrió con la mirada la vista del exterior. Jahns le sonrió, abrió el primero de los sobres y estudió la biografía que contenía.

—Son tres buenos candidatos —anunció Marnes—. Como me pidió. Trabajaría a gusto con cualquiera de ellos. Juliette, creo que es la del centro, sería la que yo escogería. Trabaja abajo, en Mecánica. No tiene mucha experiencia, pero Holston y yo...

Marnes hizo una pausa y se aclaró la garganta. Jahns levantó la mirada hacia él y vio que los ojos del ayudante se habían arrastrado paso a paso hasta el oscuro bulto que se veía en la colina. Se cubrió la boca con un puño de nudillos huesudos y fingió que tosía.

—Disculpe —dijo—. Como estaba diciendo, hace unos años el comisario y yo investigamos una muerte allí abajo. La tal Juliette... aunque, ahora que lo pienso, prefiere que la llamen Jules, era una chica brillante. Más lista que el hambre. Nos fue de gran ayuda en el caso. Tenía talento para fijarse en los detalles, tratar a la gente, mostrarse diplomática y firme a la vez..., todo eso. No creo que suba con frecuencia de los ochenta. Una auténtica subterránea, cosa que hace tiempo que no tenemos por aquí.

Jahns repasó el historial de la tal Juliette, comprobó su árbol genealógico, su historial de vales, su sueldo actual en cupones. Era capataz de turno y tenía una buena hoja de servicios. Nunca se había presentado a la lotería.

—¿Nunca ha estado casada? —preguntó Jahns.

—No. Es un poco marimacho. Muy dura, ¿sabe? Estuvimos allí abajo una semana y vimos cómo la trataban los chicos. A ver, podría haber tenido novio si lo hubiera querido, pero es que no quería. Una de esas personas que causan impresión pero que prefieren ir por su cuenta.

—Es evidente que a ti te causó impresión —apuntó Jahns, y lo lamentó al instante. Detestaba el tono celoso que había captado en su propia voz.

Marnes cambió el peso de pie.

—Bueno, ya me conoce, alcaldesa. Siempre estoy atento por si aparecen posibles candidatos. Lo que sea con tal de no ascender.

Jahns sonrió.

—¿Y los otros dos? —Comprobó los nombres mientras se preguntaba si era buena idea decantarse por un subterráneo. Existía la posibilidad de que, simplemente, Marnes se hubiera encaprichado de la chica, y la idea la preocupaba. Reconoció el nombre del primer sobre. Peter Billings. Trabajaba pocos pisos más abajo, en la zona judicial, como pasante o como sombra de un juez.

—¿Sinceramente, señora? Los he puesto para rellenar, para que la elección parezca más justa. Como ya he dicho, trabajaría con ellos de buen grado, pero creo que Jules es la persona que busca. Hace mucho que no tenemos una comisaria. Sería una decisión popular, ahora que se acercan las elecciones.

—No vamos a escoger por esa razón —replicó Jahns—. Posiblemente la persona a la que seleccionemos seguirá aquí mucho tiempo cuando nosotros ya nos hayamos ido... —Se calló al recordar que había dicho lo mismo sobre Holston cuando lo eligieron para el puesto.

Cerró el sobre y volvió a mirar la pantalla de la pared. En la base de la colina se había formado un pequeño tornado, un frenesí organizado de polvo recogido por el viento. El minúsculo remolino fue cobrando fuerza y transformándose en un cono cada vez más grande que giraba y giraba sobre su temblorosa punta como la peonza de un niño, acercándose hacia unos sensores que resplandecían literalmente bajo los pálidos rayos de un amanecer despejado.

—Me parece que deberíamos ir a verla —dijo Jahns al fin. Conservó los sobres encima del regazo. Sus dedos, arrugados como rollos de pergamino, jugaban con los ásperos bordes del papel hecho a mano.

—Yo preferiría ir a buscarla y traerla hasta aquí. Hacer la entrevista en la oficina, como siempre. El camino hasta allí abajo es largo y el de regreso más aún.

—Aprecio su preocupación, ayudante, de veras, pero hace mucho

que no bajo mucho más allá del cuarenta. Mis rodillas no son excusa para dejar de ver a mi pueblo...

La alcaldesa guardó silencio. El tornado de polvo se estremeció un momento, cambió de dirección y comenzó a acercarse a ellos. A cada segundo que pasaba se hacía más y más grande —la amplitud de la lente provocaba una distorsión que lo transformaba en un monstruo mucho mayor y más amenazante de lo que era en realidad—, hasta que al fin cayó sobre el sensor. La cafetería entera quedó sumida en una oscuridad momentánea hasta que el céfiro pasó caracoleando por encima del sensor y se alejó por la pantalla de la sala, dejando tras de sí una vista del mundo recubierta ahora por una fina película de tizne.

—Malditas cosas —masculló el ayudante con los dientes apretados. Al apoyar la mano sobre la culata de su arma hizo crujir el envejecido cuero de la pistolera y Jahns se imaginó al viejo ayudante fuera, en aquel paisaje, corriendo tras el viento con sus flacas piernas mientras descargaba la pistola sobre una nube de polvo en descomposición.

Los dos guardaron silencio un momento, estudiando los daños. Finalmente, Jahns habló.

—Esta visita no tiene nada que ver con las elecciones, Marnes. Y tampoco es para captar votos. De momento todo indica que volveré a presentarme yo sola. Así que no hace falta darle ninguna publicidad. Iremos ligeros de equipaje y a paso tranquilo. Quiero ver a la gente, no que la gente me vea a mí. —Se volvió hacia él y vio que la estaba observando—. Quiero hacerlo por mí, Marnes. Una escapada.

Volvió a contemplar las vistas.

—A veces... A veces creo que llevo demasiado tiempo aquí arriba. Y tú también. Creo que llevo demasiado tiempo en cualquier parte...

El ruido de los primeros pasos del día sobre los peldaños de la escalera de caracol la hicieron callar y los dos se volvieron hacia los sonidos de la vida, los sonidos de un día que comenzaba. Y Jahns supo que era hora de sacarse de la cabeza las imágenes de cosas muertas. O al menos de enterrarlas un rato.

—Tú y yo vamos a bajar para hacer una calibración adecuada de la tal Juliette. Porque a veces, estar aquí sentada, contemplando lo

que el mundo nos obliga a hacer... me atormenta, Marnes. Me atormenta profundamente.

Se reunieron después del desayuno en el antiguo despacho de Holston. Jahns seguía pensando que era de él. A fin de cuentas sólo había pasado un día. Aún era demasiado pronto para imaginárselo con cualquier otra persona dentro. Se colocó detrás de las dos mesas y los viejos archivadores y se asomó a la celda vacía mientras el ayudante Marnes daba las últimas instrucciones a Terry, un fornido guardia de seguridad de Informática que a veces guardaba el fuerte mientras Marnes y Holston estaban fuera, trabajando en algún caso. En pie detrás de Terry, con aire diligente, se encontraba una adolescente llamada Marcha, una jovencita de pelo oscuro y ojos brillantes que algún día se incorporaría a Informática. Era la sombra de Terry. Casi la mitad de los trabajadores del silo tenían una. Sus edades oscilaban entre los doce y los veinte años y eran como unas esponjas omnipresentes, siempre listas para absorber las enseñanzas y técnicas que garantizarían que el silo seguiría funcionando durante al menos otra generación.

El ayudante Marnes recordó a Terry lo que solía pasar con la gente de espíritu pendenciero después de las limpiezas. Una vez liberada la tensión colectiva, tendían a relajarse un poco. Creían, al menos durante algunos meses, que podían hacer lo que les viniera en gana.

La advertencia apenas era necesaria. El revuelo procedente de la sala contigua se oía a pesar de que la puerta estaba cerrada. La mayoría de los residentes de los cuarenta pisos superiores estaban ya apelotonados en la cafetería y la sala. A lo largo del día irían pasando por allí centenares más, procedentes de los niveles intermedios y los subterráneos. Se habrían cogido el día libre y canjeado sus cupones de vacaciones por la oportunidad de contemplar el exterior ahora que la vista era más nítida. Para muchos de ellos era una especie de peregrinación. Algunos sólo subían una vez cada pocos años, permanecían allí una hora murmurando que todo seguía exactamente igual a como lo recordaban y luego volvían escaleras abajo empujando a sus hijos delante de ellos y peleándose con las multitudes que trataban de llegar al sitio del que ellos se marchaban.

Terry se quedaría en la oficina, con las llaves y una insignia temporal. Marnes comprobó la batería de su radio, se aseguró de que el volumen de la unidad de la oficina no estaba al mínimo e inspeccionó el arma. Le estrechó la mano a Terry y le deseó suerte. Jahns, al comprender que casi era hora de marcharse, le dio la espalda a la celda vacía. Se despidió de Terry, saludó a Marcha con un gesto de la cabeza y siguió a Marnes por la puerta.

—¿Te parece prudente que nos marchemos después de una limpieza? —preguntó al salir a la cafetería. Sabía que aquella noche habría mucho alboroto y la gente estaría con los nervios a flor de piel. Parecía un momento muy malo para llevárselo de allí en lo que prácticamente era una misión privada.

—¿Lo dice en serio? Lo necesito. Necesito alejarme un poco. —Miró de soslayo la pantalla de la pared, casi invisible tras el gentío—. Sigo sin saber lo que pensaba Holston y no comprendo por qué no me dijo nunca lo que pasaba por su cabeza. Puede que cuando volvamos no siga sintiendo su presencia en el despacho, porque ahora mismo casi no puedo ni respirar ahí dentro.

Jahns pensó en aquello mientras luchaban por abrirse paso a través de la abarrotada cafetería. Los vasos de plástico derramaban una mezcla de zumos de frutas y en la atmósfera flotaba el intenso aroma del alcohol destilado en alambiques, pero la alcaldesa lo ignoró. La gente le transmitía sus mejores deseos, le pedía que tuviese cuidado y le prometía su voto. La noticia sobre su visita se había filtrado a la velocidad de la luz, a pesar de que no se lo habían contado a casi nadie. Prácticamente todos tenían la impresión de que se trataba de un viaje publicitario. Una campaña de cara a la reelección. Los habitantes más jóvenes del silo, para quienes Holston era el único comisario al que habían conocido, saludaban a Marnes con el título del cargo que creían que iba a ocupar. Todo el que tenía arrugas en los ojos sabía cuál era la realidad. Saludaban con la cabeza a la pareja al pasar y les deseaban en silencio otro tipo de suerte. «Ayudadnos a continuar», decían sus ojos. «Que mis hijos vivan tanto como yo. No permitáis que esto se venga abajo, aún no.»

Jahns vivía bajo el peso de esta presión, una carga brutal que no descansaba precisamente sobre sus rodillas. Se mantuvo en silencio de camino a la escalera central. Algunos le pidieron que pronunciase

un discurso, pero las solitarias voces no lograron arraigar entre el gentío. Para su tranquilidad no se formó ningún coro de peticiones. ¿Qué iba a decir? ¿Que no sabía por qué no se desmoronaba todo? ¿Que no entendía ni sus propias labores de punto, que no entendía cómo es posible que, si haces nudos y si los haces como es debido, las cosas salgan bien? ¿Les diría que sólo hacía falta un pequeño tirón para que se deshiciera todo? Con un solo corte y un tirón una prenda entera podía acabar convertida en un montón de hilo. ¿Realmente esperaban que comprendiera cómo funcionaban las cosas, cuando lo único que hacía era seguir las normas y constatar que, por algún milagro, todo seguía funcionando año tras año?

Porque lo cierto es que no comprendía cómo se mantenía en pie. Y tampoco entendía el estado de ánimo de la gente, su celebración. ¿Bebían y vociferaban porque estaban a salvo? ¿Porque el destino los había salvado, los había librado de la limpieza? Su pueblo se divertía mientras un buen hombre, su amigo, la persona que la había ayudado a mantenerlos a todos sanos y salvos, yacía muerto sobre una ladera, junto a su esposa. De haber dado un discurso, de haberlo hecho sin mencionar todas las palabras prohibidas, habría sido éste: que nunca dos personas mejores habían salido a limpiar por su propia voluntad y que los que se habían quedado dentro debían plantearse lo que revelaba eso sobre ellos.

No era momento de dar discursos. Ni de beber. Ni de realizar demostraciones de alegría. Era la hora de la contemplación callada, y ésta era una de las razones por las que Jahns sabía que tenía que marcharse. Las cosas habían cambiado. No sólo a causa de aquel día, sino con el paso de los largos años. Ella lo sabía mejor que la mayoría. Puede que la anciana señora McNeil, de Suministros, lo supiera también, pudiera verlo venir. Había que vivir largo tiempo para estar seguro de algo así, pero ella al fin lo estaba. Y como el tiempo continuaba su curso y cambiaba su mundo más de prisa de lo que sus pies le permitirían correr nunca, la alcaldesa Jahns sabía que pronto la dejaría atrás. Y su gran miedo, jamás expresado pero sentido a diario, era que aquel mundo en el que vivían no tardase mucho en perderse con ella.

El bastón de Jahns emitía un fuerte tintineo cada vez que impactaba con un peldaño de metal. No tardó en convertirse en el metrónomo de su descenso, el ritmo de la música de la escalera, abarrotada y rebosante de energía tras la reciente limpieza. Todo el tráfico, con la sola excepción de ellos dos, parecía subir. Se abrían paso a contracorriente, rozándose los codos con todo el mundo, entre gritos de «¡Eh, alcaldesa!» y cabeceos de saludo dirigidos a Marnes. Jahns lo veía en sus caras: la tentación de llamarlo comisario atemperada por su respeto a la naturaleza terrible de aquel ascenso que daban por hecho.

—¿Cuántos pisos está en condiciones de bajar? —preguntó Marnes.

—¿Por qué, es que ya estás cansado? —Jahns volvió la cabeza, le guiñó un ojo y vio que el poblado bigote del ayudante se arrugaba hacia arriba formando una sonrisa.

—Bajar no me supone un problema. Lo que no soporto es subir.

Sus manos se encontraron fugazmente sobre la curva barandilla de la escalera de caracol, la de Jahns detrás de ella, la de Marnes por delante. Habría querido decirle que no estaba en absoluto cansada, pero de repente la embargó una repentina fatiga, un agotamiento más mental que físico. Tuvo una visión pueril de unos tiempos más felices y se imaginó que Marnes la cogía en brazos y la llevaba escaleras abajo. Sería una dulce renuncia al poder y la responsabilidad, una entrega al poder de otro sin necesidad de fingir el propio. No era un recuerdo del pasado, era un futuro que nunca había existido. La mera idea la hizo sentir culpable. Sentía el fantasma de su marido a su lado, perturbado por aquellos pensamientos...

—¿Alcaldesa? ¿Cuántos pisos, entonces...?

Se detuvieron y se pegaron a la barandilla para dejar pasar a un porteador que subía a grandes zancadas la escalera. Jahns reconoció al muchacho, Conner, todavía un adolescente pero dotado ya de una espalda fuerte y un paso firme. Llevaba sobre los hombros, en precario equilibrio, unos fardos atados entre sí. La mueca de su rostro no era de agotamiento o de dolor, sino de fastidio. ¿Quién era toda esa gente que estaba de pronto en la escalera, esos turistas? Jahns trató de pensar en algo alentador que decir, alguna pequeña recompensa verbal para un colectivo que hacía un trabajo imposible para ella. Pero los jóvenes pies de Conner ya se lo habían llevado escaleras arriba junto con las provisiones procedentes de abajo, ralentizado sólo por la muchedumbre que, como un enorme gusano, ascendía lentamente para echar un vistazo a un exterior más amplio y nítido.

Marnes y ella pararon en un rellano para recobrar el aliento. Marnes le tendió la cantimplora y la alcaldesa, diplomáticamente, tomó un sorbo antes de devolvérsela.

—Me gustaría recorrer la mitad hoy —respondió al fin—. Pero habrá que hacer algunas paradas por el camino.

Marnes tomó un trago y enroscó la tapa del recipiente.

—¿Visitas a domicilio?

—Algo así. Quiero parar en la guardería del veinte.

Marnes se echó a reír.

—¿Para besar a unos cuantos niños? Alcaldesa, nadie le va a quitar el puesto. A su edad ya no.

Jahns no se rió.

—Gracias —dijo con una falsa mueca de sentirse ofendida—. Pero no, no es para besar a los niños. —Dio media vuelta y reanudó el descenso. Marnes fue tras ella—. No es que no confíe en tu criterio sobre la tal Jules. Desde que soy alcaldesa, todos los candidatos a los que has propuesto han sido impecables.

—¿Incluso...? —la interrumpió Marnes aunque sin concluir la pregunta.

—Sobre todo él —respondió Jahns, consciente de lo que estaba pensando el otro—. Era un buen hombre, pero tenía el corazón roto. Eso puede acabar incluso con los mejores.

Marnes expresó su conformidad por medio de un gruñido.

—Y entonces, ¿qué vamos a comprobar en la guardería? Juliette no nació en el veinte, si no recuerdo mal...

—Cierto, pero su padre trabaja allí ahora. He pensado que ya que íbamos a pasar por delante podríamos hacerle una visita, a ver si es posible sonsacarle algo sobre su hija.

—¿Quiere interrogar a un padre para analizar la personalidad de su hija? —Marnes se echó a reír—. Seguro que es un prodigio de imparcialidad.

—Creo que te vas a llevar una sorpresa —repuso Jahns—. Le pedí a Alice que investigara un poco mientras yo preparaba el equipaje. Ha encontrado algo interesante.

—¿Ah, sí?

—La tal Juliette conserva aún todos sus cupones de vacaciones.

—Eso no es tan raro entre la gente de Mecánica —afirmó Marnes—. Hacen muchas horas extraordinarias.

—Pero es que ella, además de no salir nunca, tampoco recibe visitas.

—Sigo sin saber lo que quiere decir con eso.

Jahns esperó a que terminara de pasar una familia. Un niño, de unos seis o siete años, marchaba montado en los hombros de su padre con la cabeza ladeada para evitar los soportes del tramo superior de la escalera. La madre venía detrás, con un bolso de viaje colgado del hombro y un bebé en brazos. La familia perfecta, pensó Jahns. Con una tasa de reemplazo impecable. Dos por dos. Lo que la lotería pretendía y, algunas veces, ofrecía.

—Bueno, deja que te explique lo que quiero decir con eso —respondió—. Quiero ir a ver al padre de esa chica, mirarlo a los ojos y preguntarle por qué, en los casi veinte años que han transcurrido desde que su hija se trasladó a Mecánica, no ha ido a visitarla ni una sola vez.

Volvió a mirar a Marnes y vio que fruncía el ceño por encima del bigote.

—Y por qué ella tampoco ha subido a verlo —añadió.

El tráfico fue remitiendo al pasar del piso décimo y quedar atrás la zona de viviendas superior. A cada paso que daba, Jahns recordaba

con aprensión que tendría que desandar cada metro recorrido en el camino de vuelta. Ésta era la parte fácil, se recordó. El descenso era como tirar de un resorte de acero, la arrastraba hacia abajo. Le recordaba a una pesadilla que tenía a veces en la que se ahogaba. Una pesadilla estúpida, teniendo en cuenta que nunca había visto agua suficiente como para sumergirse en ella y mucho menos para ahogarse. Pero eran como esos sueños ocasionales en los que caía desde grandes alturas, un legado de tiempos pasados, fragmentos rotos que, desenterrados por sus mentes durmientes, venían a sugerir: «no estamos hechos para vivir así».

Así que el descenso, aquella ruta en espiral hacia abajo, se parecía mucho a la asfixia imaginaria que se la tragaba algunas noches. Se le antojaba inexorable e inextricable. Como una pesa que la empujase hacia abajo, combinada con la certeza de que no sería capaz de arrastrarse de nuevo a la superficie.

A continuación pasaron por el distrito textil, la tierra de los monos multicolor y el sitio del que procedían las madejas de hilo. El olor de los tintes y otros productos químicos flotaba en el rellano. Al otro lado de una ventana abierta en los bloques curvos de cemento se veía una pequeña tienda de comestibles situada en un extremo del distrito. La multitud la había saqueado y las estanterías habían quedado vacías por la aplastante demanda de excursionistas exhaustos y por el incremento de la actividad que siempre se producía después de una limpieza. Había varios porteadores apelotonados en la escalera, trabajando a destajo. Jahns constató una verdad espantosa sobre la limpieza del día anterior: la bárbara práctica aportaba algo más que alivio psicológico, algo más que una vista más nítida del exterior. También servía para engrasar la economía del silo. De repente había una excusa para desplazarse. Una excusa para comerciar. Y en medio de un florecimiento de habladurías, cuando las familias y los viejos amigos volvían a verse por primera vez en meses, o incluso puede que en años, el silo entero recibía una inyección de vitalidad. Era como un cuerpo viejo que se estiraba y ejercitaba de nuevo sus articulaciones, haciendo que la sangre afluyera a las extremidades. Una criatura decrepita que volvía de nuevo a estar viva.

—¡Alcaldesa!

Al volverse vio que Marnes casi se había perdido de vista a su

espalda. Se detuvo un momento para dejar que apretara el paso hasta alcanzarla.

—Calma —le dijo el ayudante—. Si corre tanto me es imposible seguirla.

Jahns se disculpó. No se había percatado de que hubiera acelerado.

Al entrar en la segunda zona de apartamentos, por debajo del piso decimosexto, Jahns se dio cuenta de que se encontraba ya en un territorio que llevaba casi un año sin visitar. Se oía el traqueteo de jóvenes piernas que se perseguían por la escalera y trepaban por encima de quienes subían más despacio. La escuela primaria del tercio superior se encontraba justo encima de la guardería. A juzgar por el movimiento y el ruido de voces, habían cancelado las clases. Jahns imaginaba que tanto porque sabían que muchos niños faltarían a la escuela (puesto que sus padres se los llevarían a contemplar la vista) como porque muchos profesores deseaban hacer lo mismo. Pararon en el rellano de la escuela, donde el denso tráfico del día había borrado a medias los rastros de tiza de las partidas de Pumba y la Muñeca, donde los niños se sentaban agarrados a las barandillas, con las rodillas despellejadas al aire y los pies colgando bajo los aleros de los rellanos y donde los silbidos y los gritos ansiosos remitían hasta tornarse susurros secretos en presencia de los adultos.

—Ya casi hemos llegado. Menos mal, necesito un descanso —dijo Marnes mientras seguían bajando en dirección a la guardería—. Sólo espero que ese sujeto esté disponible para vernos.

—Lo estará —le aseguró Jahns—. Alice lo ha teleografiado desde mi oficina para avisarlo de que veníamos.

Al llegar al rellano de la guardería pudieron escapar por fin del torrente humano que ascendía en tropel y consiguieron recobrar el aliento. Cuando Marnes le pasó la cantimplora, Jahns tomó un largo trago antes de comprobar el estado de su peinado sobre su superficie curva y abollada.

—Tiene un aspecto estupendo —dijo el ayudante.

—¿De alcaldesa?

Marnes se echó a reír.

—No sólo eso.

Jahns creyó detectar un centelleo en los viejos y castaños ojos del

ayudante, pero probablemente no fuese más que el reflejo de la luz sobre la cantimplora al llevársela a la boca.

—Veinte pisos en poco más de dos horas. No es el ritmo que yo recomendaría, pero me alegro de que hayamos avanzado tanto. —Se secó el bigote y estiró el brazo hacia atrás para guardar la cantimplora en su mochila.

—Trae —dijo Jahns. Le quitó la cantimplora y la introdujo en el bolsillo de malla que la mochila tenía detrás—. Y deja que sea yo la que hable aquí —le recordó.

Marnes levantó las manos con las palmas abiertas, como si la idea de hacer otra cosa jamás se le hubiera pasado por la imaginación. La adelantó y abrió una de las pesadas puertas de acero, que no respondió con el habitual chirrido de bisagras oxidadas. El silencio sobresaltó a Jahns. Estaba acostumbrada a oír el quejido que emitían las puertas por toda la escalera al abrirse o cerrarse. Era su versión de la fauna salvaje de las granjas, omnipresente y cantarina. Pero aquellas bisagras estaban bien engrasadas y en perfecto estado de mantenimiento. Y los carteles de la sala de espera reforzaban esta impresión. Pedían silencio en letras gruesas, acompañadas por imágenes de labios cruzados por un dedo y tachaduras sobre bocas abiertas. Saltaba a la vista que en la guardería se tomaban el silencio muy en serio.

—Ya ni recuerdo la última vez que estuve aquí —susurró Marnes.

—Puede que estuvieras demasiado ocupado ladrando como para fijarte —respondió Jahns.

Una enfermera los fulminó con la mirada desde el otro lado de un cristal y Jahns dio un codazo a Marnes.

—La alcaldesa Jahns quiere ver a Peter Nichols —dijo a la enfermera.

La mujer, al otro lado del cristal, ni siquiera parpadeó.

—Ya sé quién es. Voté por usted.

—Oh, claro. Vaya, gracias.

—¿Me acompañan? —La mujer pulsó un botón en su mesa y la puerta que tenía al lado emitió un suave zumbido. Marnes la abrió y Jahns la cruzó tras él —. Pónganse esto, tengan la bondad.

La enfermera —Margaret, según la placa manuscrita que llevaba al cuello— les tendió dos batas blancas pulcramente dobladas. Jahns las cogió y le pasó una a Marnes.

—Pueden dejarme el equipaje.

Ni se les ocurrió negarse. Jahns se dio cuenta al instante de que se encontraban en el territorio de aquella mujer y de que, a pesar de que era mucho más joven que ella, había pasado a ser su inferior jerárquica al atravesar la puerta. Dejó el bastón apoyado en la pared, se quitó la mochila y la dejó en el suelo antes de ponerse la bata. Marnes tuvo dificultades con la suya hasta que Margaret lo ayudó sujetándole la manga. Con cierto esfuerzo, logró ponerse la bata sobre la camisa vaquera y luego sostuvo los extremos sueltos del cinturón, como si anudárselo fuese una proeza que no estuviera al alcance de sus habilidades. Entonces vio cómo lo hacía Jahns y, sin demasiada habilidad, logró anudar la suya de un modo más o menos funcional.

—¿Qué pasa? —preguntó al reparar en la mirada de Jahns—. Por eso uso esposas. Sí, no sé hacer nudos. ¿Y?

—En sesenta años... —dijo Jahns con incredulidad.

Margaret pulsó otro de los botones de su mesa y señaló en dirección al pasillo.

—El doctor Nichols está en la enfermería. Lo avisaré de que van. Jahns abrió la marcha y Marnes la siguió.

—¿Qué tiene de raro? —preguntó.

—La verdad es que resulta entrañable.

Marnes resopló.

—Ésa es una palabra horrible para un hombre de mi edad.

Jahns sonrió para sus adentros. Al llegar al final del pasillo se detuvo frente a unas puertas dobles y las abrió ligeramente. La luz de la sala del otro lado era muy débil. Abrió un poco más y entraron en una sala de espera modesta pero limpia. Recordaba una parecida, en los niveles intermedios, donde había esperado en compañía de un amigo a que le sacaran a su hijo. Un muro de cristal los separaba de una habitación que contenía un puñado de cunas y bacinetes. Jahns se llevó una mano a la cadera. Frotó la dura protuberancia del implante, ya superfluo, que le habían colocado al nacer y no le habían quitado ni una sola vez. Estar en aquella guardería le recordó todo lo que había perdido, todo lo que había dado por su trabajo. Por sus fantasmas. En el interior no había luz suficiente como para saber si en alguna de las camitas se agitaba un recién nacido. Jahns recibía cumplida notificación de todos los nacimientos, natu-

ralmente, y como alcaldesa tenía que firmar una carta de felicitación y la correspondiente partida de nacimiento para cada niño, pero los nombres le pasaban con demasiada rapidez por delante. Raras veces podía recordar en qué piso vivían los padres o si el hijo era el primero o el segundo de la familia. La entristecía tener que admitirlo, pero aquellas partidas se habían convertido en meros papeles que había que firmar; otra rutina impuesta por el deber.

El contorno oscuro de un adulto se movía entre las cunas. La luz de la sala de observación se reflejaba en la brillante pinza del sujetapapeles que llevaba y en su pluma de metal. Era una persona de elevada estatura, saltaba a la vista, y tenía el porte y la constitución de un hombre mayor. Los dos destellos metálicos se unieron mientras la figura, con toda parsimonia, se detenía sobre una de las cunas para anotar algo. Hecho esto, cruzó la sala y atravesó una puerta muy ancha para reunirse con Marnes y Jahns en la sala de observación.

Peter Nichols era un sujeto impresionante, pensó Jahns. Alto y delgado, pero no como Marnes, que parecía extender y contraer unas extremidades inseguras a la hora de desplazarse. Nichols poseía la esbeltez de alguien habituado al ejercicio, como algunos portadores que conocía Jahns y que podían subir las escaleras de dos en dos como si los hubieran diseñado expresamente para desplazarse a aquella velocidad. Su estatura transmitía confianza. Jahns se dio cuenta de ello al alagar la mano hacia la de Peter y dejar que se la estrechara con firmeza.

—Ha venido —dijo simplemente el doctor Nichols. Era una observación fría. Apenas contenía un pequeño atisbo de sorpresa. Le estrechó la mano a Marnes, pero en seguida volvió a mirar a Jahns—. Ya le expliqué a su secretaria que no le sería de gran ayuda. Me temo que no he vuelto a ver a Juliette desde que decidió convertirse en sombra, hace veinte años.

—Bueno, precisamente de eso quería hablarle. —Jahns miró de soslayo los bancos acolchados donde, imaginaba, aguardaban abuelos y tíos ansiosos mientras los padres se reunían con sus bebés—. ¿Podemos sentarnos?

El doctor Nichols asintió y los invitó a hacerlo con un gesto.

—Me tomo muy en serio cada uno de los nombramientos oficiales —le explicó Jahns mientras tomaba asiento frente al doctor—.

A mi edad, asumo que la mayoría de los jueces y agentes de la ley me sobrevivan, así que intento escoger con cuidado.

—Pero no siempre es así, ¿verdad? —El doctor Nichols inclinó la cabeza, sin expresión alguna en su rostro fino y pulcramente afeitado—. No siempre la sobreviven, quiero decir.

Jahns tragó saliva. Marnes se removió en su asiento, junto a ella.

—Debe de tener usted mucho aprecio a la institución de la familia —dijo Jahns para cambiar de tema, tras comprender que se trataba sólo de una observación más, sin mala intención—. Ha sido sombra durante demasiado tiempo y en una profesión realmente exigente.

Nichols asintió.

—¿Por qué Juliette y usted nunca se visitan? Es decir, ni una sola vez en veinte años.

Nichols volvió ligeramente la cabeza y desvió los ojos hacia la pared. La aparición de otra forma en movimiento detrás del cristal, una enfermera que hacía la ronda, distrajo por un momento a Jahns. Otra puerta conducía a lo que presumiblemente debía de ser la sala de partos, donde con toda probabilidad en aquel mismo momento una madre reciente convalecía a la espera de que le llevaran su posesión más preciada.

—También tuve un hijo —dijo el doctor Nichols.

Jahns sintió que sus manos se movían en busca de la mochila y las carpetas que llevaba dentro, pero no estaba a su lado. Era un detalle en el que no había reparado, un hermano.

—No podía usted saberlo —la tranquilizó Nichols. Había interpretado correctamente la expresión de sorpresa de la alcaldesa Jahns—. No sobrevivió. Técnicamente, ni siquiera llegó a nacer. La lotería pasó a otros.

—Lo siento...

Combatió el impulso de alargar el brazo y coger la mano de Marnes. Hacía décadas que no se tocaban de manera deliberada, pero la repentina tristeza que impregnaba la sala franqueó de un salto este lapso de tiempo.

—Iba a llamarse Nicholas, como el padre de mi padre. Fue prematuro. Seiscientos ochenta gramos.

Por alguna razón, la clínica precisión de su voz resultó más lastimosa que cualquier expresión de sentimientos.

—Lo intubaron y lo metieron en una incubadora, pero hubo... complicaciones. —Se miró el dorso de las manos—. Juliette tenía trece años. Como podrá usted imaginarse, estaba tan emocionada como nosotros con la idea de tener un hermano. Le faltaba sólo un año para convertirse en la sombra de su madre, que era comadrona. —Levantó la mirada—. No en esta guardería, sino en la antigua, la de los niveles intermedios. Donde trabajábamos los dos. Por aquel entonces yo era interno allí.

—¿Y Juliette? —La alcaldesa Jahns seguía sin comprender la relación entre ambos hechos.

—Hubo una avería en la incubadora. Cuando Nicholas... —El doctor volvió la cabeza hacia un lado e hizo ademán de llevarse una mano a los ojos, pero al final pudo recomponerse—. Lo siento. Todavía lo llamo así.

—Tranquilo.

La alcaldesa Jahns se dio cuenta de que sostenía la mano del ayudante Marnes. No sabía cuándo o cómo había sucedido. El doctor no parecía reparar en ello, aunque lo más probable era que, simplemente, no le importase.

—La pobre Juliette —el doctor negó con la cabeza— quedó desolada. Al principio culpó a Rhoda, una matrona experimentada que, si acaso, había hecho un milagro al darle una pequeña oportunidad a nuestro hijo. Se lo expliqué. Creo que era consciente de ello. Pero necesitaba alguien a quien culpar. —Asintió mirando a Jahns—. Las niñas a esa edad... ya sabe.

—Lo crea o no, aún lo recuerdo. —Jahns esbozó una sonrisa forzada y el doctor Nichols se la devolvió. Sintió que Marnes le apretaba la mano.

—Hasta la muerte de su madre no empezó a culpar a la incubadora que había fallado. Bueno, no a la incubadora, sino al mal estado en el que se encontraba. El estado en el que acaban todas las cosas, en general.

—¿Su esposa murió a consecuencia de las complicaciones del parto? —Era otro detalle que debía de haber pasado por alto al leer el archivo.

—Se suicidó una semana más tarde.

También esto lo dijo con la misma frialdad clínica de antes. Jahns

se preguntó si se trataría de un mecanismo de supervivencia que habría aprendido a utilizar desde aquellos sucesos o un rasgo de su personalidad que siempre había estado ahí.

—No lo recuerdo. Y me acordaría de algo así —intervino el ayudante Marnes. Eran las primeras palabras que pronunciaba desde las presentaciones.

—Bueno, rellené el certificado de defunción yo mismo. Así que pude poner la causa que me pareció oportuna...

—¿Y lo admite tan tranquilo? —Marnes parecía listo para ponerse en pie de un salto. Aunque Jahns no alcanzaba a imaginar con qué fin. Extendió un brazo para tranquilizarlo.

—Ahora que ha prescrito? Claro. Lo admito. De todos modos no sirvió de nada. Juliette era ya muy lista a aquella edad. Se dio cuenta. Y eso fue lo que la volvió...

Se detuvo.

—¿La volvió qué? —preguntó la alcaldesa—. ¿Loca?

—No. —El doctor Nichols negó con la cabeza—. No era eso lo que iba a decir. Lo que la volvió distante. Solicitó un cambio de profesión. Pidió el traslado a Mecánica para ingresar en los talleres como sombra. Aún faltaba un año para que cumpliera la edad legal, pero accedí. Firmé la autorización. Pensé que cuando hubiera pasado algún tiempo allí abajo volvería. Qué ingenuidad la mía. Creí que la libertad le haría bien.

—¿Y no ha vuelto a verla desde entonces?

—Una vez. En el funeral de su madre, pocos días después. Subió sola, asistió a la ceremonia, me dio un abrazo y volvió a bajar. Todo ello sin descansar un momento, por lo que me han contado. Intenté no perderla de vista. Tengo un colega en la guardería de los subterráneos que me telegrafía de vez en cuando para contarme cómo le va. Parece ser que sólo piensa en trabajar, trabajar y trabajar.

Hizo una pausa y entonces se echó a reír.

—Mire, de niña era idéntica a su madre, pero al crecer se fue pareciendo cada vez más a mí.

—¿Sabe usted algo sobre ella que desaconseje que ocupe el puesto de comisaria del silo? Comprende lo que implica el cargo, ¿verdad?

—Sí. —Nichols miró a Marnes y sus ojos pasaron de la chapa de cobre que asomaba por debajo de la mal anudada bata hasta la pro-

tuberancia de la pistola que ceñía al costado—. Todos los agentes de la ley que hay en el silo tienen que tener alguien por encima, alguien que les da las órdenes, ¿no?

—Más o menos —asintió Jahns.

—¿Por qué ella?

Marnes se aclaró la garganta.

—En una ocasión nos ayudó con una investigación...

—¿Jules? ¿Subió aquí?

—No. Fue allí abajo.

—No tiene preparación.

—Ni ninguno de nosotros —respondió Marnes—. Se trata más bien de un... puesto político. Un puesto civil.

—No lo aceptará.

—¿Por qué no? —preguntó Jahns.

Nichols se encogió de hombros.

—Ya lo comprobarán por ustedes mismos, supongo. —Se levantó—. Ojalá pudiera dedicarles más tiempo, pero realmente tengo que marcharme. —Dirigió la mirada hacia las puertas dobles—. Dentro de poco vamos a tener un parto...

—Lo entiendo. —Jahns se puso en pie y le estrechó la mano—. Le agradezco que nos haya recibido.

Nichols se echó a reír.

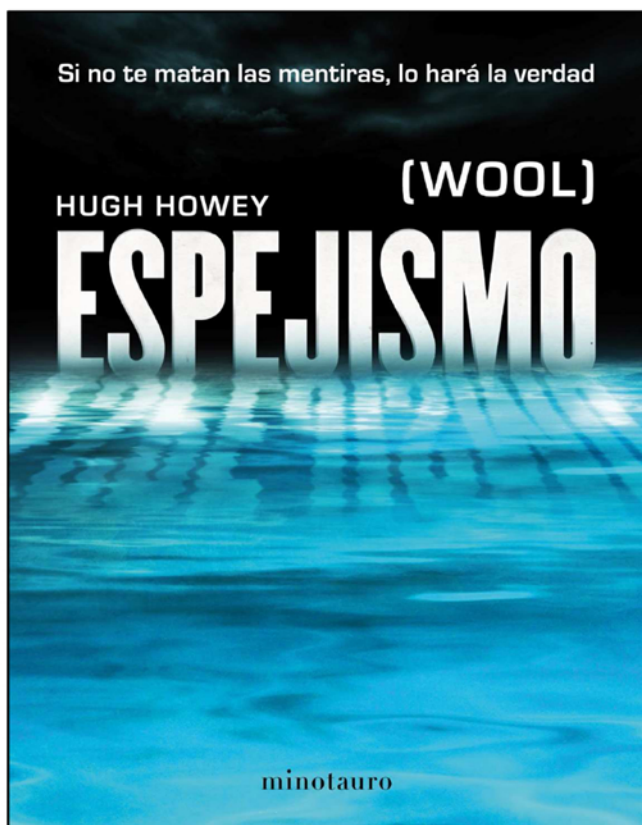
—¿Es que tenía alternativa?

—Naturalmente.

—Pues me lo podrían haber dicho antes.

Al ver su sonrisa, Jahns supo que estaba bromeando. O al menos intentándolo. Tras separarse, mientras volvían por el pasillo para recoger sus cosas y devolver las batas, Jahns se dio cuenta de que cada vez le intrigaba más la propuesta de Marnes. Una mujer de los subterráneos... No era propio de él. Y encima una persona con aquel pasado. Se preguntó si no habría otros factores que le nublaran el juicio. Y mientras él le abría la puerta que daba a la sala de espera principal, la alcaldesa Jahns se preguntó si no le estaría siguiendo la corriente porque también a ella se le había nublado el juicio.

La historia de ESPEJISMO continúa:



A la venta el
02 de octubre de 2013

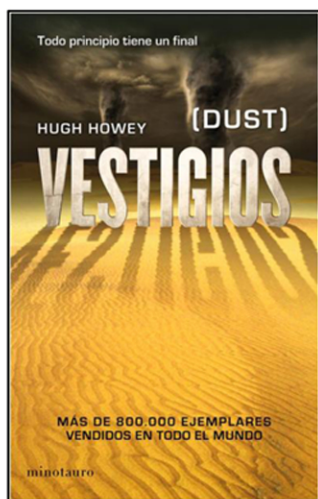
NAVEGA POR EL SILO EN
www.cronicasdelsilo.com



La historia de **ESPEJISMO** continúa:



A la venta en
marzo de 2014



A la venta en
octubre de 2014